

MONEDAS OSCURAS

FÉLIX RETAMERO

Durante la extinción del Imperio romano de occidente tuvieron lugar procesos de constitución de poderes políticos que acabarían creando órdenes dinásticos en la antigua *Pars occidentis*. La observación de la secuencia formativa de estos nuevos poderes, aun conteniendo lagunas extensas, resulta fascinante. Este es el caso de los vándalos, por ejemplo. Hacia el 435, tras haber amargado los últimos días del viejo Agustín de Hippona, ya habían organizado un estado en el norte de África que firmaba tratados con el Imperio, todavía el de Occidente. Pues bien, tan sólo una generación antes estaban atravesando las aguas heladas del Rin, y poco después, en el 409, participaban en las disputas dinásticas del Imperio en la Península ibérica. Queda mucho por saber sobre el impulso de estas migraciones, sobre el sentido de sus direcciones, sobre la organización de la supervivencia de estas gentes, que forzosamente debía de considerar el desplazamiento en las previsiones de esta supervivencia, y sobre cómo las autoridades directoras de estos grupos migrantes acabaron encarnando formas dinásticas de transmisión del poder y entramados fiscales más o menos extensos y eficientes.

En este sentido, las variables dimensiones que pudieron tener estos entramados, por un lado, y la descripción y explicación de las redes comerciales intervenidas por la moneda, por otro, son aspectos de la vigencia de estas nuevas dinastías que aún requieren estudios específicos. Hace algunos años, P. Reynolds (*Trade in the Western Mediterranean, AD 400-700: The ceramic evidence*, BAR, 1995) mostró la relación existente entre la consistencia del estado vándalo y, posteriormente, la del Imperio oriental en el Norte de África, y las magnitudes de los intercambios y las rutas comerciales discernibles a partir del registro cerámico. Presumiblemente, los volúmenes del rastro numismático vándalo deberían de ser congruentes con las consideraciones derivadas del estudio de la cerámica de esta época, tanto en lo referente a las magnitudes relativas a la producción y utilización de las monedas como a la identificación de las redes de intercambio. Lo mismo se podría decir de las monedas imperiales acuñadas en el occidente Mediterráneo o transportadas hasta aquí. De hecho, las piezas vándalas y las imperiales fueron habitualmente usadas contemporáneamente, como advirtiera hace tiempo C. Morrisson (*Monnaie et finances à Byzance: analyses, techniques*, Variorum Reprints, 1994) y ha mostrado más recientemente T. Marot (“Aproximación a la circulación monetaria en la Península ibérica y las Islas Baleares durante los siglos V y VI: la incidencia de las emisiones vándalas y bizantinas”, *Revue Numismatique*, 1997, p. 157-190).

También las acumulaciones de monedas visigodas podían incorporar ejemplares emitidos por otros poderes políticos, como muestra, por ejemplo, el hallazgo de Recópolis. Esto hace pensar en la existencia de sistemas monetarios

en los que piezas fabricadas por otros poderes políticos podían ser incorporadas de manera fluida. No es nada extraño si se tiene en cuenta que el final previsto para las monedas por las autoridades que las ordenaban era la exigencia de una calidad y de un peso de metal. Por ello tampoco debe de extrañar que se encuentren en algunos depósitos monetarios de esta época piezas mucho más antiguas, incluso acuñadas siglos antes, ya fueran monedas púnicas halladas en conjuntos africanos del V y del VI, o piezas constantinianas incorporadas en depósitos peninsulares de la misma época (C. Morrisson, “Monnaie et prix à Byzance du Ve au VIIe siècle”, *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin, I*, París, 1989, p. 241; T. Marot, “Aproximación...”, p. 160), sin que ello sea una prueba de que tales piezas se hubieran utilizado de manera fluida en los intercambios durante el período que medió entre la fecha de acuñación y la de la incorporación al depósito monetario.

Por otra parte, cualquier estudio de alcance de las prácticas monetarias de este período, conocido como *Dark Age* en la historiografía anglo-sajona, deberá de tener en cuenta la dificultad de identificar algunas series, específicamente de las acuñadas en cobre. El intento de M. Crusafont (*El sistema monetario visigodo*, Barcelona-Madrid, 1994) de presentar como visigodas algunas de estas emisiones, halladas mayoritariamente en diferentes zonas del sur peninsular, ha merecido cuestionamientos severos (T. Marot, “Aproximación...”, p. 175-7; D.M. Metcalf, “Visigothic monetary history: the facts, what facts?”, *The Visigoths. Studies in Culture and Society*, Leiden-Boston-Köln, 1999, p. 201-217). Los hallazgos de ejemplares de algunos de estos tipos en Menorca, presentados en este volumen por B. Moll, permiten rechazar definitivamente tal intento, al menos en lo concerniente a las series encontradas en esta isla, a no ser que se acrediten adecuadamente las conexiones entre Menorca y el estado visigodo que hubieran podido sostener tal tránsito monetario. El problema de la identificación y la explicación de estas series –o de algunas de ellas– presentadas por Crusafont sigue, pues, pendiente de una solución completa y satisfactoria.

Hay otro aspecto de estas monedas que merecería una exploración específica. Se trata de la asociación nada excepcional entre hallazgos de piezas tardoimperiales, vándalas y del Imperio oriental, sobre todo de cobre, y establecimientos religiosos, específicamente monasterios. Los casos de la llamada “basílica” de Es Cap des Port, en Menorca, o el de la Punta de l’Illa de Cullera, en Valencia, entre otros, constituyen un registro empírico suficiente para plantear las conexiones entre la expansión de un cristianismo organizado en comunidades monásticas y la constitución de redes de intercambio por las que circulaban, entre otras mercancías, reliquias, textos, ánforas y también monedas. Oscuras, claro, como todas.